

Quinto Aisen, 14 de Agosto de 1942.

Sr. Patricio Aguirre su. Bernardo

Querido primo:  
 Supongo que habrá llegado a tus ma-  
 nos mi carta anterior. Para pronto espero una taja, aun-  
 que si estás muy ocupado no te preocupes por eso. En  
 todo caso, unas pocas letras con noticias de Uds. me ha-  
 rá muy recibirlas, con la frecuencia que te sea posible.  
 La semana pasada volvió Torrealba. Me trajo  
 las balas; muy agradecido que te acordaras de mandar-  
 melas. No se muestra descontento de encontrarse nuevamente  
 por acá y proyecta dedicarse a las exploraciones otra vez, en  
 el próximo verano. De lo que se le oye quejarse es de que  
 no haya por acá chiguilles, que tanto abundan por allí,  
 y tan bonitas. No es para menos. - Me ha dicho también  
 de las gestiones que ha estado realizando mi tío para apian-  
 zar mi situación, que podría verse amagada con la aplica-  
 ción de la ley de emergencia. ; Cuanto siento molestarlo  
 en esa forma, y cómo le agradezco que se preocupe tanto por  
 mí! Créeme que esto me emociona sinceramente. Para él  
 mis más profundos sentimientos de gratitud.

Continúo ahora mi narración, con una parte algo  
 desconectada del resto, como que si siquiera por serano apare-  
 cerá el personaje extraordinario que ha sido el nervio y vida  
 de los episodios anteriores:

Los pobladores de Fago Verde, como la gran ma-  
 yoría de los colonos de esta provincia, son chilenos que  
 han vivido largos años en la Argentina, de donde resul-  
 ta que sus costumbres, modo de vivir en general y lenguaje  
 son los mismos del argentino de la Patagonia. Son por lo  
 tanto repatriados, y este hecho se explica porque a fines  
 del siglo pasado hubo una fuerte corriente migratoria,  
 procedente de las provincias de Magallanes, Valdivia y  
 Lantén principalmente, que saliendo por Bariloche, vol-  
 vieron a establecerse por estas latitudes, y a lo largo  
 de la zona fronteriza. Al parecer, esta gente estaba

en la convicción de que ocupaba suelo chileno, pero luego que la cuestión limítrofe fué arreglada, con nota ruda y lamentable desconsideración de la tesis nuestra, puesto que hay extensas y ricas zonas ganaderas bañadas por aguas que corren hacia el Pacífico, que pasaron a poder de la vecina República, se encontraron con que habitaban suelo extranjero. Se calcula que no menos de 70.000 chilenos poblaron toda la zona fronteriza desde Paríloche al Sur, y que en virtud del tratado de límites, quedaron fuera de las fronteras nacionales. Aquella porción, aunque en mucho menor escala, continuó a principios de este siglo, atraídos por la existencia de enormes regiones despobladas, sin control de ninguna clase, y en las cuales era cuestión de llegar e instalarse. Pero a medida que esas regiones iban siendo dotadas de las autoridades administrativas correspondientes, fueron surgiendo también una serie de dificultades para que los colonos, que terminaron por agravarse con la dictación de una ley según la cual ningún extranjero (chileno tenía en la mente el legislador) podía obtener terrenos, a ningún título, en una faja de 40 kms. de ancho, a lo largo de la frontera. El resultado de esta medida fué que la mayoría de los chilenos de escasos recursos se vio en la necesidad de que dar allí en la calidad de peones, y los que tenían algún capital, se internaron en territorios chilenos en sus animales. Pero como al lado nuestro los terrenos son de una configuración bastante sudorosa miada, y sobre todo muy boscosa, o sea inadecuados para recibir de inmediato haciendas numerosas, muchos se vieron obligados a permanecer allí, a la espera de que se presentara un comprador. Esto debieron sufrir toda clase de vicisitudes. Obligados a entregar los terrenos, tuvieron que deshacerse de sus ganados a precios miserables, o bien fueron objeto de abusos, tropiezos y hasta verdaderos saqueos, con intervención directa o embrogada de las mismas autoridades (Jueces de Paz y Comisarios de Policía) que, faltos de escrúpulos, morosamente corrompidos, cómplices de siete suelas, viéndose lejos de todo control superior y aprovechándose de la ignorancia, mansuetudine y desamparo de estas pobres gentes, abusaban de ellos como se les ocurría. Víctimas de aquellos procedimientos y testigos oculares, me han relatado casos verdaderamente brutales.

Allí por el año 1918, estando en pleno apogeo la tarea de despejar de chilenos la zona fronteriza argentina, se internaron la saga Verde los primeros hombres con el propósito de establecerse allí, siendo en un comienzo sólo dos los que tomaron tal decisión. Enormes fueron las dificultades que tuvieron que vencer, pues aquellos eran campos cubiertos de bosques vírgenes, sin nada despejado, de modo que poco a poco fueron haciendo sendas, luego pequeños rocos, y por fin, ayudados por el fuego, lograron limpiar pequeñas extensiones que de inmediato empastaron, con lo cual al término de un año pudieron ya llevar algunos animales. El punto de hacha y fuego fueron limpiando lenta y dificultosamente, ayudados ya por algunos otros que fueron interesándose. Vino después en su ayuda una vezano ruso, que aprovecharon para hacer grandes quemas, con lo que quedaron apreciables extensiones despejadas que sembraron de pato, y permitiendo ya instalarse con seguridad. En la misma forma fueron haciendo otros, hasta formar una pequeña colonia de 12 pobladores, número que se ha mantenido por falta de terrenos apropiados. Será necesario que haya mejores vías de comunicación y que se simplifique el problema de los abastecimientos para que eso siga poblándose. Por el momento, esa es una zona completamente embotellada, que no tiene salida más que por Argentina, siendo de advertir que los pobladores se ven en la necesidad de sacar hacia allá sus productos, y de ahí mismo llevan sus viveres. Dependen en lo más fundamental de ese país.

Salvo el mayor obstáculo para el progreso rápido de esta provincia deriva de la falta de caminos, y tendremos que esperar todavía mucho para que los haya, a causa de su elevado costo, por las grandes dificultades que presenta la naturaleza.

Hechos visto cómo estos hombres han sido capaces de tomar la decisión valiente de irse a instalar allí,

con cuantos sacrificios lograron su propósito, y el gran  
 esfuerzo que tuvieron que desplegar. Antes <sup>están</sup> medios, creería  
 uno encontrarse ante tipos de rico temperamento, volun-  
 tades fuertes, y trabajadores infatigables. Sin embargo  
 no es así: producen la impresión, en quien los ve, que  
 aquel gran esfuerzo inicial consumió todas sus energías,  
 al verlos llevar una vida inactiva, con mayores as-  
 piraciones, y bastante holgazana. Después que han te-  
 nido sus campos en las condiciones mínimas de explota-  
 ción, esto es con pasto para mantener los animales, pero sin  
 preocuparse de destruir cables ni de limpiarlos de las paliza-  
 das que han ido cayendo, se han dejado estar y han adop-  
 tado los mismos métodos que se practican en la Patagonia  
 argentina. Allí, por ser estos planos y limpios por natu-  
 raleza, y además completamente inadecuados para culti-  
 vos agrícolas, el ganadero no tiene otro trabajo que cui-  
 llar su caballo por la mañana y salir a "repantar" sus  
 ovejas, hecho lo cual le queda un buen margen de día,  
 que transurre, por lo general, en el ocio más completo.  
 En lo mismo han caído nuestros colonos, o mejor dicho,  
 han vuelto a las costumbres adquiridas durante su perma-  
 nencia en el país vecino, siendo que acá nada justifica tal  
 modo de vida. En efecto, es mucho lo que les queda por hacer  
 en sus campos, y casi nulo el esfuerzo para llevarlo a efecto.  
 Con los incendios se consumió todo el follaje y los ganchos del-  
 gados de los árboles, pero quedó intacto el cuerpo. A medida que  
 las raíces se han ido pudriendo, estos enormes troncos han si-  
 do e inutilizándose en gran parte, mientras no sea despejado,  
 tarea que todavía no ha sido iniciada. Tampoco se han preven-  
 ido de hacer cercos para apotrear los campos, y así explotar-  
 tuarse en una escala mucho mayor que la actual, en que cada  
 uno, y no todos, cosecha lo que mejor le conviene para su  
 propio consumo. Allí se podría cosechar el trigo suficien-  
 te para hacer la harina necesaria para que todos comieran pan  
 en abundancia, sin tener que adquirirla en Argentina, como

lo hacen, siendo de advertir que esto es causa de que normalmente no se merezca en las casas la variante del pan conocida con el nombre de tortas, y que entiendo que ya he explicado en qué consisten. Viven la vida del momento, sin preocuparles mayormente el futuro, y desplegando la actividad que estrictamente demanda la satisfacción de los apetitos primordiales.

Para una mejor comprensión, veamos más en detalle sus hábitos caseros y costumbres más características:

Sus casas son rústicas, construidas de madera labrada a hacha y con techo de cañas, hechas con la misma herramienta, y constan por lo general de 2 piezas: una hace las veces de dormitorio y la otra de cocina. El piso es sencillamente el suelo. El dormitorio, aunque haya familia y sea esta numerosa, sirve para todos. Los cantes consisten en lo siguiente: las patas son palo enterrados, con forma de V en su extremo superior; sobre los dos de la cabecera se atraviesa un palo, y otro sobre los del otro extremo; el somier lo constituyen varones tendidos a lo largo sobre esos travesaños; los colchones son cueros de oveja, y las sábanas no se conocen. — La cocina hace además las veces de sala y de comedor. En medio de la pieza y a todo suelo está el gran fogón, que está ardiendo todo el día; el humo sale por la puerta y por las rendijas del techo. Alrededor del fuego hay trozos de madera labrada a hacha, que hacen las veces de sillas; una mesita hecha a la diablo, sobre la cual se ve una que otra pieza de servicio y otros cachivaches, completa el amueblado. La finalidad de ésta es para la colocación de todos esos pequeños utensilios y no para que sobre ella se sirvan las comidas. A la hora del desayuno, almuerzo o comida, por lo general, la dueña de casa o cualquier otra se encarga de ensartar un gran trozo de carne en un asador, y se deja este plantado a la orilla del fuego; cuando se ha dorado por un lado, se le da vuelta y se espera tranquilamente que termine de asarse; faltándole ya poco se sala con salmuera, nunca con sal entera; después se ponen tortas en un plato, el cual se coloca en el suelo, y listo ya el asado, el que lo ha preparado lo retira del fuego, y lo vuelve a plan-

far donde quede al alcance de todos los concurrales; se coloca  
 también un jarro con salmuera, para cada cual vaya ro-  
 ciando su boñado, si lo encuentra mal sazonado. Termina-  
 dos estos preparativos, se da la orden de servirse, y entonces  
 cada uno saca su propio cuchillo del cintó y va cortando  
 fajados hasta quedar satisfecho, valiéndose únicamente de  
 los dedos y del cuchillo. Cuando uno termina de servirse se re-  
 ca la grasa de los dedos con la misma herramienta, y para  
 terminar de limpiarse le alcanzan un "repasador", trapo gra-  
 siento; ¡Dálgame Dios la manera de quedar limpio con re-  
 mejante inmundicia! Después viene una taza de café, o  
 más comúnmente mate amargo, consagrado como lo más  
 infaltable que puede haber en una casa. Me olvidé de-  
 cir que durante la demora en que el churrasco se está  
 preparando, el mate está en plena función. Este se sirve  
 con agua poco más que tibia, en todo caso sin hervir. El  
 cebador se coloca con su mate a la orilla del fuego, pone en  
 este una "pava" con agua, dejando siempre a un lado otra  
 con agua fría, para ir la vaciando de a pocos en la que está  
 colocada al fuego, de modo de impedir siempre que ésta llegue  
 a hervir. El cebador tiene la obligación de irles sirviendo  
 a todos, empezando por el de su derecha y sin saltarse a na-  
 die, aunque sea niño. Se establece así una rueda que da  
 numerosas vueltas; cuando uno se siente ya satisfecho dice  
 "gracias" y no le sirven más; pero el cebador tiene que con-  
 tinuar en su tarea y acompañar al más equitativo, hasta  
 que éste pronuncie las consabidas gracias. La bombilla  
 es la misma para todos, y ni qui pensar en que vaya a  
 ser lavada en ningún momento; además, a nadie se le  
 concede preferencias. — En cuanto uno llega a una casa, lo  
 pasan inmediatamente a la cocina, y sea cual sea la hora,  
 se inician al momento los preparativos para el mate, aten-  
 ción esta que jamás deja de hacerse.

Continuaré próximamente, porque ahora ya no alcanzo  
 a escribir más.

Saludos muy carinosos a cuanto familiar llegue a  
 la casa, encuentres o visites. Para todos Vds. mi grande  
 y sincero afecto. *Paul Polanco*